

Los hijos del dolor

¿Cómo llegué a este punto?

Son las nueve de la noche, acabo de recibir una llamada telefónica del Patrón. Me ha dado las **nuevas instrucciones** para llevar a cabo el próximo torcido. Somos tres los que estaremos a cargo del atentado.

El muñeco al que le haremos el trabajo es un ejecutivo que no ha querido llegar a unos acuerdos con el Patrón para **lavar dinero** dentro de sus corporaciones, por eso sus horas están contadas. Nadie desobedece al Patrón. Ya hemos analizado su rutina, se levanta temprano para irse a correr al parque, sube a su apartamento y luego sale a su trabajo. Para su desgracia, y ventaja nuestra, tiene una rutina que nos ha facilitado la planificación del **tumba'o**.

Mis compañeros y ya hemos analizado cómo hacerlo y tenemos organizado qué parte le toca hacer a cada uno. Todo se hará en el parque. Dos de mis compañeros fingirán que están ejercitándose, mientras yo, "El Chino", haré la ejecución escondido detrás de un árbol frondoso que hay en el centro del parque, justo por donde pasa el muñeco.

Los hijos del dolor

Hoy no hay tiempo para fiestas, tengo que tener la mente clara pues no le puedo fallar al Patrón. Con este encargo, me llevo unos diez mil dólares, mis próximas vacaciones ya están aseguradas.

El despertador suena a las seis de la mañana. Desayuno y me preparo para salir al tumba'o. Enciendo un maduro con queso para ahogar la noción de lo que estoy haciendo. Mientras lo vigilábamos, me di cuenta que el don que vamos a tumbar es padre de dos niñas. Me tiene un poco nervioso el pensar que dejaré dos niñas sin padre. Drogado me es más fácil olvidar y así puedo cumplir con las órdenes del Patrón. En fin, en esto sólo puede salir vivo uno de los dos, y prefiero que sea yo. Todo tiene que salir perfecto, y como ha pasado en mis últimas ejecuciones, nunca ha habido ni un solo error.

Nos encontramos en el sitio acordado puntualmente y no esperamos para entrar en acción. Todo sale mejor si te dejas llevar por tus impulsos y no lo piensas demasiado.

Los hijos del dolor

A nosotros los sicarios nadie nos conoce, somos figuras ermitañas, vivimos en el anonimato. Contrario al Patrón, quien es nombrado en las revistas como uno de los más adinerados del mundo. **Nuestro trabajo** es hacer sus mandatos. Que no queden huellas que puedan conducir a él. Mientras lo veo en las portadas de las revistas diciendo a cuánto asciende su fortuna, nosotros hacemos el trabajo sucio. **Mi vida es esta, cobrar por matar.**

Al matar, no sólo acabo con una vida, también mato mucha de mis culpas. Lo más que me impresiona es la reacción de un ser humano al uno disparar. Puedes ver el terror en los ojos de alguien que sabe que su muerte es inevitable. Nadie conoce esa mirada como yo. En fin, no le voy a dar cabeza a lo que haré... **sólo lo haré.** Ya es hora, el hombre acaba de salir a su rutina diaria. Todos esperan mi señal. ¡Quién diría que lo que le queda de vida a este paisa son sólo segundos! **Mi corazón late rápidamente,** respiro profundo. Esto aquieta mi espíritu, o lo que me queda de él.

Los hijos del dolor

No puedo permitir que la ansiedad se apodere de mí. Mi pulso tiene que estar inalterado. Me indican que ya está cerca. El hombre no me ve, pues me encuentro detrás de este frondoso árbol.

Mientras espero, atento, inmóvil, un pequeño pajarito se posa en una rama frente a mí y me mira de una forma extraña como diciendo ¿Qué haces aquí? Su presencia me desconcentra, **siento su mirada clavada fijamente en mí.** Voy preparando mi arma, reviso el silenciador, tiene que haber el menos ruido posible. Ya escucho sus pasos, le llegó su hora de partir...

Allí quedó su cuerpo, inmóvil, con su mirada perdida sobre los árboles y en el más absoluto silencio. En aquella rama, por alguna razón dejé vivo un testigo, aquel pequeño pajarito. Me pregunto **por qué soy el que soy. ¿Cuándo perdí la noción del camino...?**